

IV

El delito de un veterano

(CONTINÚA)

seo de ver el resultado de aquella, para mí tan inocente chanza, no me dejó conciliar el sueño.

Muy temprano me levanté, tomé una luz y fuí á ver á Juan.

Dormía el pobre hombre profundamente, pero ya no era el sueño pesado de la embriaguez: su respiración tranquila y su aire de felicidad en el sueño, estaban ya muy lejos de indicar el sopor estúpido del borracho.

Me acerqué á él y le llamé.

- ¡Juan! ¡Juan!
- Margarita, ¿eres tú? dijo volviendo en sí y figurándose que estaba en su casa: ¿ya despertó la niña?

- No, Juan, soy yo.
- ¡Ah! Don Plácido, ¿pues adónde estoy? ¿yo no dormí en mi casa? ¡ay Dios mío! ¿qué dirá mi pobre Margarita? Es la primera vez que me pasa esto.
- Juan, levántate con cuidado, pero pronto: ¡desgraciado! ¿no sabes lo que ha sucedido? ¿sabes tú lo que has hecho anoche?
- No, don Plácido; me he dormido, me he emborrachado; no sé lo que ha sido de mí.
  - ¡Infeliz, mira tu ropa, tus manos!

El desgraciado lanzó un grito de terror; su vestido estaba lleno de sangre, y aún tenía en la mano el cuchillo que yo le había puesto.

- Pero ¡qué es esto, Dios mío! ¿me han herido, me han muerto?
- Peor que eso, Juan, peor que eso; anoche has tomado más de lo regular, has comenzado á escandalizar al pueblo, el prefecto en persona te ha reconvenido; tú, ciego con los humos del licor, has desconocido su autoridad, la cuestión se hizo acalorada, él ha querido llevarte preso, y tú con ese cuchillo; que tenías no sé dónde, le has clavado el corazón, tendiéndole muerto á tus pies.

Juan exhaló un gemido y se cubrió el rostro con ambas manos: había seguido la relación que yo le hacía, procurando tomar un aire compungido, con la mayor ansiedad; sus ojos parecían querer salir de sus órbitas; pálido, temblando, murmuraba por lo bajo mis mismas palabras, y gruesas gotas de sudor se desprendían del nacimiento de sus cabellos y rodaban sobre su desencajado rostro.

Cualquiera se habría compadecido de él; pero el demonio había soplado en mi cerebro, y yo deseaba llevar hasta su fin aquella infernal comedia.

- El prefecto murió en el momento, continué yo, y tú, cubierto de sangre, echaste á huir hasta la puerta de esta casa, en donde caíste falto de fuerzas y privado de conocimiento, en los momentos en que yo llegaba, y sabiendo lo que había pasado, mientras que te buscaba la justicia, yo te he ocultado en este cuarto.
- ¡Dios mío! ¡Dios mío!... murmuraba el desgraciado retorciéndose con desesperación; ¡Dios mío, qué va á ser de mí! ¡qué va á ser de mí!... Pero no, yo diré que lo hice sin saber lo que hacía... yo lo negaré.
- Nada te valdrá: ¿crees que podrás negarlo, cuando más de cien personas atraídas por el escándalo han presenciado el hecho? ¿crees que será disculpa el que hayas estado ebrio, cuando saben todos que tú jamás bebes? Además, eso de embriagarse, más es delito que disculpa.
- Cierto, cierto, señor don Plácido... pero usted, usted que sabe tanto del mundo, dígame qué haré; aconséjeme, ilumíneme; sólo usted podrá salvarme.
- Bien, escúchame, porque no me ocurre más que un solo medio; pero lo creo seguro, eficaz.

- \_ ¡Dígamelo usted! ¡dígamelo usted!
- Mira, es preciso que te vayas de aquí siquiera por algunos días, pero lejos...
  - Señor, ¿y mi familia, y Margarita, y mi hija?...
- No te apures, yo diré á tu mujer que fuiste á un viaje imprevisto, y mientras tanto, nada les faltará, yo me encargo de ello.
- -¡Ah, señor don Plácido! ¡qué bueno es usted, qué bueno!

Y el pobre hombre me besaba las manos.

Tentado estuve de descubrirle todo, decirle que era sólo una burla; pero el deseo de que mi aventura se supiese y se celebrase al otro día, me contuvo; además, yo no temía ningún mal resultado para Juan, y estaba dispuesto á dar lo necesario y aun más á su familia, en los pocos días que durara su ausencia, que yo suponía muy corta.

- Y ¿cuándo deberé salir? me preguntó.
- Ahora mismo, y antes que acabe de amanecer.
- Pero, ¿y esta sangre? me dijo horrorizado, y esta sangre me venderá, me descubrirá, llamaré la atención por todas partes, me haré sospechoso...
  - Cálmate, yo te daré otra ropa.

Me dirigí á mi caja, saqué unos calzones y una camisa, Juan se lavó la mano y el brazo, que estaban cubiertos de sangre, se mudó la ropa, tomó su zarape, una manta y un machete que yo le ofrecí, y luego, lleno de resignación, me dijo:

- Ya estoy listo.
- Pues sigueme, le contesté.

Salimos á la calle sin hacer ruido: la luz de la mañana, como un vapor luminoso y blanco, se tendía ya per el cielo como una gasa; comenzaban á dibujarse las cumbres de los montes, y el mar, como un espejo de plata líquido y movedizo, comenzaba á distinguirse en el horizonte.

Yo caminaba por delante, Juan cabizbajo y pensativo me seguía; pero no revelaba su continente la inquietud del criminal, sino el decaimiento profundo del desgraciado.

Pocas gentes encontramos á nuestro paso; algunas mujeres que iban por agua á los arroyos, algunos pescadores cargados con sus redes y sus arpones que volvían de su paseo nocturno en el mar, llevando grandes sartas de pescados, pero todos apenas fijaban su atención en nostros, ni tenían por qué; dos hombres caminando á la madrugada nada tienen por qué ser notables.

Llegamos hasta la salida del pueblo por el lado del camino de México; allí no había quién nos viera.

- Ya estás en puerto de salvación, dije á Juan; toma el camino que quieras, ¿para dónde vas?
- No sé, Dios me guiará. Adiós, don Plácido, nunca olvidaré lo que usted hace por mí: adiós.

30

Me estrechó contra su corazón, besó mi mano, y comenzó á trepar ligero como un gamo por la montaña.

Mi primer impulso fué reirme del susto que llevaba el desgraciado, pero después comenzé á reflexionar sobre lo que había hecho: alcé la cara, y allá á lo lejos, ya encumbrando la montaña, miré á Juan; se había detenido, llevó la mano izquierda á su sombrero y se lo quitó; después, con el rostro vuelto á su casa, bendijo desde allí su pobre hogar, llevó la mano á la boca, le envió un beso, y volvió á cubrirse con su sombrero.

Le vi entonces limpiarse los ojos con la manga de su camisa; lloraba, y seguía caminando.

En ese momento no sé lo que pasó por mí; el puñal de los remordimientos hirió mi corazón; me sentí un monstruo y lloré también; grité á Juan con todas mis fuerzas; habría dado la mitad de mi vida porque nada de aquello hubiera pasado; como un loco, como un insensato, eché á correr en seguimiento de Juan, llamándole, buscándole desde todas las alturas, registrando todos los senderos, siguiendo todas las huellas; pero nada, la fatalidad me perseguía, Dios castigaba mi delito, no me fué posible encontrarle ni alcanzarle.

Toda la mañana caminé; apenas veía á lo lejos un hombre, me parecía Juan; corría, le alcanzaba, le veía, y no era él.

El sol señalaba ya el medio día, cuando rendido

por la fatiga y devorado por la sed, caí en la orilla de un arroyo; calmé en sus aguas el ardor de mi garganta, y me puse á llorar: la figura dulce y resignada de Juan aparecía en mi mente á cada momento, y yo, en mi remordimiento, no podía sinó llorar.

La carne venció al espíritu y el cansancio al dolor, y me quedé dormido á la margen del arroyo.





V

## El delito de un veterano

(CONCLUYE)

on Plácido inclinó el rostro y quedó sumergido por algunos instantes en una profunda meditación.

Alejandra había seguido llena de ansiedad la relación del viejo, y más de una vez había tenido que limpiar sus ojos empañados de lágrimas; aquella historia la afectaba profundamente.

— El viento de la tierra, continuó don Plácido, refrescó mi frente y volví en mí. El día había avanzado, y eran ya las dos de la tarde; un sol ardiente derramaba torrentes de fuego sobre la costa, y sólo de cuando en cuando, una ráfaga del terrero refrescaba la sofocante atmósfera que me rodeaba: tú sabes, hija mía, que á esa hora ni las aves se atreven á volar, y se adormecen entre las ramas de los ceibos ó de los cocoteros.

Al despertar nada recordaba: miré á mi derredor para coordinar mis ideas ofuscadas por el sueño, y entonces la melancólica figura de Juan, destacándose sobre nuestro cielo sereno y azul y saludando por la vez postrera á su casa, volvió á dibujarse en mi alma por la mano del remordimiento.

Me levanté violentamente y me dirigí, sin pasar por la población, hacia la huerta de Juan, situada en el extremo contrario al en que yo me hallaba.

Más de dos horas tardé en llegar y encontrarla; por fin, dí con ella.

En medio de un bosque de adelfas, de naranjos y de plataneros, y rodeado de flores y de verdura, se levantaba el pobre jacal en que vivía la familia de Juan. Era una casita pobre y pequeña, pero sumamente aseada.

La mujer de Juan, Margarita, recargada en uno de los troncos que sostenían el «toro» de la casa, miraba triste y desolada para el camino; dos perritos blancos jugaban indiferentes á sus pies entre la hierba, y pendiente del techo de la casita, se mecía una cuna en donde dormía tranquila la hija de Juan.

Aquel espectáculo lastimó mi corazón: Margarita era una mujer graciosa y bonita; era además entre las muchachas pobres de Acapulco, el modelo de las esposas. Casi temblando me acerqué á ella.

- Margarita, le dije, vengo á traerla un recado de Juan.
  - ¿De mi hombre? me preguntó.
- Sí; dice que va á hacer un viaje inesperado, pero que pronto dará la vuelta.
- ¡Un viaje! ¿Y así, sin despedirse, sin llevar su bastimento, sin ver á su hijita? No, don Plácido, usted me engaña; á Juan le ha sucedido algo, de otra manera no me tendría con tanto cuidado.

Y la muchacha se puso á sollozar.

— Margarita, Margarita, le dije, no llore usted; Juan está bueno, nada le ha sucedido; un amigo le ha proporcionado un quehacer, y esto es todo; de allí tomó lo que necesitaba para el viaje; además, yo estoy encargado por él de dar á usted lo que necesiten mientras vuelve... créame usted.

Le hablaba yo con tanta firmeza, que la pobre comenzó á serenarse: me invitó á sentarme; la sed me devoraba, Margarita me dió una gran taza de coco llena de «tuba», que apuré con delicia.

Calmé por fin su ansiedad, y después de haber acariciado á la niña y dejado algún dinero á Margarita, me retiré algo más tranquilo.

Pasaban los días, y ni la menor noticia de Juan: nadie le había visto, nadie sabía tampoco la causa de su desaparición, sino Andrés y yo, que nos guardamos bien de decirla.

Las más absurdas consejas se formaron en el pueblo sobre esto: unos decían que Juan, al bañarse en el mar, había sido devorado por las tintoreras; otros, que había caído en un precipicio.

La autoridad me interrogó: le conté lo mismo que á Margarita, y poco después todo se había olvidado.

- ¿Pero nunca se ha vuelto á saber de él? preguntó Alejandra.
  - Nunca, hija mía, nunca.
  - -¿Y Margarita, y su hija?
- Margarita desapareció también poco tiempo después, dejándome una carta, en que me decía que iba en busca de su esposo, y confiando á mi honor y mi amistad á su tierna hija, que no vacilé en recoger.
- —¿Y en dónde está, en dónde está? preguntó casi espantada Alejandra.
  - ¡Hija mía, hija mía, esa niña eres tú!

La joven dió un grito y cayó desvanecida en los brazos del veterano.





VI

Tio Lalo

io Lalo era el herrero más trabajador y más inteligente del pueblo: no había memoria de cuándo había comenzado á ejercer su oficio, pero de seguro que ningún vecino podría decir tampoco que algún día, no siendo feriado, había visto sola la fragua ó había dejado de escuchar el ruido del yunque.

Al salir el sol ya tío Lalo estaba en su obrador: cuatro columnas de madera sosteniendo un techo de palma, una fragua y un yunque, éste era el taller.

Tío Lalo era como un retrato: jamás se notaba un cambio en su traje; calzones de pana azul, zapatos de vaqueta amarilla, una camisa siempre limpia y llena de randas y de labrados, pero siempre desabrochada del cuello, y un gran paliacate de cuadros colorados atado en la